

EL RUISEÑOR DE ERROTA-ZURI



CUENTO.

A mi muy querido y respetado amigo D. Antonio de Trueba.

¡Pobre Cathálin, la venerable viejecita del solitario molino de *Errota-zuri!*

No habia en toda Navarra toca más blanca que la suya, ni conciencia más pura, ni frente que reflejase más resignacion y bondad.

¡Pobre Cathálin! Cuando al ponerse el sol se la veia volver á su casa, cuidando de sus nietezuelos y tarareando, para divertirlos, las canciones que hacia siglos resonaban en su querido valle de Bertizarana, ¡quién hubiera sospechado que bajo aquel exterior tan humilde se encontraba el alma de un poeta y la inteligencia de un filósofo!

Poeta y filósofo, si, á su manera, de los muchos que se encuentran en la tierra euskara, gentes sencillas que no conocen más libro que el de la espléndida naturaleza pirenáica ni afortunadamente tienen otro guía que sus firmes creencias y su espíritu recto y observador.

Apénas sonaba el melancólico toque del *Angelus*, que las campanas de la vecina aldea lanzaban con voz pausada y grave, Cathálin rezaba en compañía de su familia la oracion de la tarde; se sentaba al amor de la lumbre; cogía su rueca, y á pesar de sus *cuatro veintes*, hilaba con afán, mientras que los chicuelos del caserío, colocándose en derredor suyo, escuchaban sin pestañear los cuentos de la abuela.

¡Qué de tradiciones y de sencillos apólogos hubieran podido recogerse en aquel pobre hogar!

La casualidad me permitió escuchar lo siguiente, de boca de Cathálin, en la antigua casita de *Errota-zuri*:



—Cuando yo era niña, había al pié del gran castaño que está tras del molino, y oculto entre el ramaje de rosales silvestres y madresevas, un nido por todos respetado. Habitábalo un ruiseñor, el cual, durante las serenas noches del verano, entonaba cantos tan admirables, que era el embeleso y la alegría de cuantos frecuentaban aquellos contornos.

Cierto dia, Pedro-Mari, el hijo del Sr. de Gaztelu-zar, preparó háblimente unos lazos, consiguió coger al pobre animalito, y loco de gozo se lo llevó á su casa. Encerrólo en una hermosa jaula y dióle comida en abundancia; pero la inocente avecilla, que sin duda se acordaba de los bullidores arroyuelos donde bebía en otro tiempo, y de las misteriosas selvas donde revoloteaba y de su amado nido; ni comía, ni cantaba, ni se ocupaba más que en trepar por los alambres de su cárcel, á los que picaba furiosamente buscando una salida. Por fin, poco á poco, fueron calmándose sus arrebatos; sus ojos recobraron el antiguo brillo y pareció olvidarse de su triste suerte; sentábase Pedro Mari al lado suyo, y pasaba largas horas acariciándolo y silbando algunas tonadas, á fin de que el ruiseñor las aprendiese; y como todo se consigue con constancia, el pajarillo llegó á repetirlas á las mil maravillas.

Pedro-Mari no cabía en sí de contento; pero un dia su buena madre lo llamó y le hizo ver lo triste que para aquella avecilla, acostumbrada á cruzar libre el espacio y á vivir oculta con sus hijuelos en medio de las selvas, debía de ser la esclavitud; pintóle su felicidad pasada, cuando durante el silencio de las tibias noches del estío entonaba himnos de gratitud al Creador; encarecióle su adversidad presente al verse prisionera, y, en fin, tales cosas le dijo, que el chichuelo, que aunque travieso tenía un hermoso corazón, exclamó echándose en sus brazos: —madre; comprendo que obré mal apoderándome de esta avecilla, y quiero devolverle la libertad, por más que me cueste muchas lágrimas el separarme de ella. Y diciendo y haciendo arrancóse á los brazos de su madre, cogió la jaula y echó á correr, como quien va á realizar una alta empresa: llegó al pié del castaño

que está tras del molino, colocó la jaula en el suelo delante de las frondosas ramas; abrió su puerta y retiróse á cierta distancia, para contemplar la felicidad del pajarillo cuando echase á volar. Salió en efecto el ruiseñor gorjeando: posóse sobre una leve rama, contempló los restos de su antiguo nido, y... ¿qué creéis que hizo?

—Acurrucarse dentro, dijo uno de los chicos.

—Besarlo, exclamó otro.

—Cantar como ántes de estar preso, murmuró un tercero.

—Nada de eso, contestó la vieja Cathálin: el pajarillo no se acordaba ya de las canciones de sus padres, ni de la casita de musgo donde había nacido, ni de la hermosa libertad de sus primeros días! El ruiseñor despues de saltar de rama en rama, bajó al suelo, silbó una de las tonadas que había aprendido á su amo, y... se metió otra vez en la jaula!!...

Los jóvenes oyentes no pudieron reprimir, al oír estas últimas palabras, un gesto de asombro y decepcion, y Cathálin, reclinando la frente sobre sus apergaminadas manos, dijo con voz sorda y conmovida:

—Si alguna vez os separasen de vuestras madres y de vuestra tierra, ú os arrebataran lo que en ella más quereis, y más tarde tuvierais la felicidad de poder recobrar todas estas cosas, ¡hijos de mi alma! no imiteis al ruiseñor de *Errota-zuri!!*...

.



Desde la época á que se refiere mi relato, han pasado muchos años; la pobre Cathálin duerme el sueño de la paz en un humilde cementerio de su apartado valle; la felicidad huyó de las montañas bascongadas; el huracan de la adversidad, furioso como las galernas de nuestros mares, barrió esta tierra, dejando impresas por todas partes sus terribles huellas... pero Dios, que nunca abandona, nos ha dejado en el fondo del alma una fê y una esperanza inquebrantables.

Sin embargo, al ver que muchas gigantescas rocas de nuestras costas, que durante miles de años resistieron inmóviles y firmes las iras del Océano, han venido á tierra por efecto de la accion lenta y oculta de imperceptibles filtraciones; al considerar la mudable condicion humana, y al recordar hasta que punto el hábito modifica la naturaleza y los instintos—lo mismo en los hombres que en las ave-

cillas deL cielo—ocúrresenos la idea de que pudiéramos olvidar ó mirar indiferentes las santas creencias religiosas de nuestros padres, su honrado idioma, sus venerandas tradiciones, sus patriarcales costumbres y sus instintos de altiva é infomable independencía..., y cuando este temor nos asalta, estremécese nuestra alma, y quisiéramos poder gritar como la anciana Cathálin:

—Euskal-erria, *¡no imites al ruiseñor de Errota-zuri!*

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

(De la *Revista Euskara*.)

SELGAS

BIURSARI ARGIDOTARRAREN OROITZARI.

Zelai batean lore pollitak
Ikusitzean apaindurikan,
Iruditzen zait, daudela zuri
Deiturikan.

Azalkeratu zenduelako
Azuzenaren garbitasuna, ^(a)
Orri-tarteko biolchoaren
Umiltasuna. ^(b)

Suteo¹ biziz apaingoratzen
Dan larrosaren edertasuna;
Bere barruan gordetzen duen
Lurrintasuna.

Akara² batek zabaltzen duen
Likurta³ gozo miragarriya,
Chiliprayaren⁴ apainduriya
Choragarriya.

Iruditzen zait, dakustanean
Jiraka laño altisoikiya,⁵
Eotzen ari dala zuretzat
Jazkai churiya, ^(c)

Eguzkiyaren errañuakin
Miragarriro distiatua;
Suteoz, urrez eta larrosaz
Goloreztua.⁶

Zarika triste baten adarrak
Lurreraturik begiratzean,
Eta nekosta⁷ gora jaikirik
Ikusitzean, ^(d)

Uste det ura dagola triste,
Joan ziñalako lur ontatikan;
Nekostak otoiitz eiten duela
Zuregatikan.

(1) Púrpura.—(2) Nardo—(3) Aroma.—(4) Clavel.—(5) Nacarada.—(6) Recamado.—(7) Ciprés.

(a) Alúdese á la composicion de Selgas «Las azucenas.»
(b) Id. id. id. «La modestia.»
(c) Id. id. id. «La niebla»
(d) Id. id. id. «El sauce y el ciprés.»